

Jueves 24 de agosto del 2000

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Una despedida

La noticia la recibo a través de nuestro periódico FRONTERA: Murió en Ensenada el jueves 17 de agosto Rodolfo Armenta Scott. Es ésta una noticia triste, como un golpe seco en la base del cráneo, que mueve el piso y nos hace recordar buena parte de nuestra historia personal, afectiva, pero también la de la entidad y la historia misma de la democracia bajacaliforniana. Muere Rodolfo en la plenitud de su vida, 46 años, por ello el coraje y la tristeza juntos. Se va un hombre bueno, de principios, que luchó con todas sus fuerzas para vencer a su enemigo interno, el cáncer, pero también por lograr que sus ideas prosperaran en una entidad y un país más justos, humanos, democráticos.

A Rodolfo, "El Cuate" Armenta, como le conocíamos coloquialmente, lo vi por primera vez hace ya muchos años cuando cursaba la preparatoria en Tecate (1974-1976) y me tocó fungir como consejero universitario. En ese entonces las preparatorias pertenecían a la UABC, y no sería sino hasta 1981 cuando se separaron para dar nacimiento al Colegio de Bachilleres. El recuerdo que viene a mi mente es el de una persona con una facilidad impresionante de palabra; ágil para la discusión y en general un orador convincente. Los rectores le temían. En general las autoridades respetaban al "grupo Ensenada", llamado así porque era justamente en esa ciudad donde, como en otras universidades, los alumnos y profesores de "ciencias duras" se distinguían por su politización, pero a ello contribuían sin duda los miembros de la preparatoria. Recuerdo también en esos años a otra activista radicada en Ensenada, la abogada Cecilia Soto, quien llegaba a la oficina del ingeniero Luis López Moctezuma y hacía temblar a su secretario general, Óscar Valenzuela.

Con su larga melena y barba, "El Cuate" Armenta era la imagen viva del intelectual de finales de los setenta y principios de los ochenta. Marxista, abrevaba en la corriente maoísta, hegemónica en aquellos años entre los universitarios ensenadenses. Después de la preparatoria me fui a seguir la carrera a Mexicali. Nos veíamos esporádicamente y sobre todo durante los conflictos como la huelga de 1977 de los trabajadores manuales y administrativos de la UABC, agrupados en el STS. Pero sería hasta la huelga de finales de 1980 y que concluyó en febrero de 1981, cuando tuvimos mayor comunicación. Rodolfo fue uno de los principales dirigentes, junto con el actual diputado Gilberto Flores Muñoz, del Sindicato de Trabajadores Académicos de la UABC (Stauabc). Lo recuerdo en los mítines con sus peculiares ademanes, en las marchas combativas y festivas, en las múltiples desveladas de las guardias de aquel terrible pero formador invierno de 1980.

Siento coraje conmigo pues el tiempo me ganó y nunca pude entrevistar a Rodolfo para un trabajo que es necesario y urgente realizar: La reconstrucción de la mayor movilización social en la historia de nuestra entidad. Antes de "El Cuate" se fueron ya también otros protagonistas: Sergio Hirales y Manuel Gutiérrez Vidal, y sin ellos quedó un enorme vacío. La huelga de 1980 dejó una marca imborrable en muchos universitarios. Fue un movimiento defensivo y cruelmente aniquilado. El móvil fue la respuesta a un acto ilegal del Rector, quien otorgó los contratos colectivos de trabajo a sindicatos blancos creados dos meses antes de la Ley López Portillo de noviembre de 1980, que obligaba a otorgar dichos contratos a los sindicatos mayoritarios; en este caso el STS y el STA. La acción no dejó otra alternativa que la huelga.

Después de la derrota del movimiento nos encontramos de nuevo en la Ciudad de México y lo recuerdo en una reunión en mi casa de Tizapán-San Ángel. Nunca lo desanimó la adversidad, seguía militando (era dirigente nacional del Movimiento Revolucionario del Pueblo), estudiando y riendo con esos ojos de niño bueno. Desde entonces yo pensaba en rescatar una de las historias proscribas